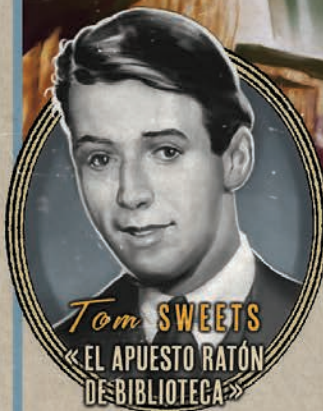


ARKHAM
HORROR



Tom SWEETS
«EL APUESTO RATÓN
DE BIBLIOTECA»



Betsy BAXTER
«LA DETECTIVE
FLAPPER»



*Winifred
HABBAMOCK*
«LA MUJER SIN MIEDO»

EL GRIMORIO MORTAL

ROSEMARY JONES

minotauro

ARKHAM HORROR

El GRIMORIO
MORTAL

ROSEMARY JONES

minotauro

Título: *El Grimorio mortal*

Copyright © 2023 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.
Arkham Horror y el logotipo de FFG son marcas comerciales
de Asmodee Group y/o sus afiliados.

Versión original inglesa publicada en 2022 por Aconyte Books.

Título original: *The Deadly Grimoire*
Ilustración de la cubierta: Daniel Strange

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Laura Vázquez

ISBN: 978-84-450-1499-8
Depósito legal: B. 4243-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

CAPÍTULO UNO

Mi madre siempre decía que los hombres son como los tranvías: si pierdes uno, solo tienes que esperar quince minutos hasta que llegue el siguiente. Pero mi abuela decía que debías asegurarte de tomar el correcto, pues uno equivocado te podría llevar a un lugar al que no quieres ir.

Nunca supe si Max era el correcto o no, y tres años después de que desapareciese en Arkham, sigo sin saberlo.

Fui allí con Sydney Fitzmaurice para rodar una de sus películas de terror, y Max formaba parte de nuestro equipo. Había días en los que pensaba que él era el indicado y otros, en los que su amor por el dinero me volvía loca. Tomaba decisiones que hacían daño a la gente. Siempre sospeché que Max sabía más sobre la desaparición de Paul de lo que decía. Él quería ser el próximo mandamás, pero cuando el barco comenzó a hundirse Max se fue a pique con él.

¿O no? Nunca encontraron ningún cuerpo tras el incendio de la casa Fitzmaurice. Los oficiales nos acusaron del desastre diciendo que había sido culpa nuestra por grabar una película en una casa vieja tan seca como la yesca y propensa a arder. Yo escapé junto a unos pocos, pero cuando el humo se disipó, habían desaparecido tres hombres. Encontraron a uno de ellos muerto, pero los restos de Max nunca aparecieron, ni tampoco los de mi amigo Jim, otro actor. A pesar de que no había prueba alguna, todos, desde la policía de Arkham hasta los jefecillos del estudio de Hollywood,

anunciaron felizmente que Max había desaparecido y que, probablemente, estuviese muerto y, así, cerraron ese capítulo. Y, aunque Jim sí que apareció más adelante, su deteriorada salud y prolongada desaparición provocaron que tuviera que ocultar su regreso a esos jefecillos porque sabía que no me habrían creído. En cuanto a Paul, que desapareció antes del incendio, se limitaron a decir que era una prueba de lo valedosa que era la gente del mundo del cine.

Aquello me volvió loca. Yo formaba parte de ese mundo y no era ninguna inconstante. Después, les hice varias preguntas porque me gustaban los finales felices, o al menos que hubiera uno. Nunca me han gustado los rompecabezas sin solución y Max era una ecuación que no podía resolver, no sin más datos.

—¿Tiene algo que enviar, señorita Baxter?

Alcé la vista hacia mi mayordomo. Se lo había robado hacía dos años a la mujer de Valentino, pues Farnsworth decía que prefería una casa más tranquila.

Y mi mansión de Beverly Hills lo era. Por supuesto, esto habría sorprendido a los que me conocían por mis películas. Seguramente pensarán que Betsy Baxter se pasaba las noches bailando y los días durmiendo, pero ellos no sabían lo que era dirigir un estudio de Hollywood y protagonizar una de las series más ambiciosas que se habían grabado hasta entonces al mismo tiempo. Tenía suerte si me reunía con mi cama antes de medianoche, pero era el papeleo lo que me desvelaba cuando no estaba pasándomelo bien por la ciudad.

Dejé caer mis cartas sobre la bandeja de plata que Farnsworth había extendido hacia mí.

—Eso es todo por hoy.

—Muy bien. ¿Cenará en casa o pretende hacerlo en el hospital, una vez haya sido escayolada?

Farnsworth solía pensar que era todo un humorista. Y, sinceramente, su rostro inexpresivo era tan perfecto que había tenido la tentación de invitar a Buster Keaton a casa para que le diese algunas lecciones.

—Voy a grabar una escena de riesgo en la que caminaré sobre las alas de un avión y con eso se cerrará la película. Será coser y cantar —le dije a mi dubitativo mayordomo.

—Sí, señorita. Me aseguraré de dejar las muletas junto a la puerta para cuando vuelva —declamó sin que sus melancólicos ojos parpadeasen ni

una sola vez. Había empleado un tono de voz tan engolado y pesimista que casi esperaba oír el repicar de unas campanas funerarias, pero había algo en su forma de inclinar la cabeza que me decía que sabía que yo sabía que me estaba engañando. Si alguna vez se llegaban a perfeccionar las películas sonoras en Hollywood, Farnsworth haría llorar de risa a los espectadores.

—Un día de estos te despediré, Farnsworth —dije. Un golpe bajo no demasiado digno de nuestros diálogos habituales, pero tenía prisa por terminar con el correo e ir al aeródromo. No veía la hora de probar mi truco de caminar sobre el ala de un avión en el aire.

—Si me despidiera —respondió Farnsworth aún con un tono de absoluta desaprobación—, tendría que supervisar a la cocinera. Y a las criadas. Por no hablar del jardinero, que ha informado de que una de las rosaledas está infestada de pulgones.

Farnsworth tenía razón. No sé por qué había decidido comprar una mansión después del éxito de *La detective flapper*. Pero cuando una muchacha revisa su cuenta de inversión, ve que ha superado con creces su primer millón de dólares y va camino del segundo mientras su contable le ofrece una inversión inmobiliaria, de pronto, la idea de adquirir una finca estilo Tudor con veinte habitaciones o más en Sunset Boulevard parece sensata. Admito que no le presté demasiada atención a la casa en el momento de comprarla: incluso asentí cuando el diseñador de interiores comenzó a parlotear sobre los «alojamientos con siete habitaciones principales y bañeras con salas de estar y tribuna de invitados». Todavía sigo sin tener ni idea de lo que es una tribuna de invitados.

Ese año tenía demasiados trucos por aprender y un negocio que dirigir porque había comprado el estudio al completo al mismo tiempo. Cuando en junio de 1925 me mudé a la mansión con un par de cajas, me abrí camino hasta una cama y luego volví al tajo.

Sin embargo, en pocos días quedó claro que vivir sola en una mansión era imposible. Hacía falta gente que mantuviese limpia la tribuna de invitados, por no hablar de las rosas del jardín, que también había que podar si quería recorrer el camino hasta la piscina sin tropezarme con ninguna espina.

La mansión, o al menos su funcionamiento, había sido un completo desastre hasta que llegó Farnsworth; por eso le ofrecí una fortuna para que viniera a trabajar para mí. Incluso antes de tener dinero, odiaba los

quehaceres del hogar. Luego descubrí que también odiaba supervisarlos. Cuando hice que una cocinera se deshiciese en lágrimas después de pasarme horas intentando explicarle por qué debería invertir en productos básicos, quedó claro que necesitaba un intermediario. Ella quería hablar sobre fricandó y yo sobre finanzas y por qué las mujeres nunca conseguirían su independencia sin entender de ello.

Farnsworth hizo feliz a la cocinera, a las criadas e incluso al jardinero. Parecía un mayordomo sacado de una película, con su espalda completamente recta y su pelo canoso plateado. Además, el acento inglés les encantaba y entendían las órdenes que les daba. La casa y los terrenos estaban preciosos, y las comidas estaban listas cuando quería comer. Incluso la culpa que sentía por la explotación de los trabajadores menguó en cuanto Farnsworth ideó un sistema de cuentas corrientes en las que depositábamos discretamente una herencia para cada sirviente. Cuando se jubilaban o decidían irse por otras razones, como cuando la cocinera abrió por fin su propia panadería, se les pagaba dicha herencia. Todo el mundo la adquiría tras un año de servicio y la cantidad crecía cuanto más tiempo permaneciesen. Nadie podría robarme a mis criadas o jardineros después de eso. Ya pagaba los salarios más altos de Hollywood, pero la herencia hacía la oferta aún más atractiva.

—Por supuesto, en Inglaterra los sirvientes de toda la vida recibían tal suma tras la muerte del amo o ama —explicó Farnsworth.

—No nos pongamos pesimistas —dije.

—No es mi intención hacerlo —respondió Farnsworth—, pero los caballos salvajes lo ponen muy difícil.

—No era un caballo salvaje —le recordé—. Era un caballo de rodeo muy bien entrenado. Yakima Canutt dijo que había hecho un salto perfecto desde él hasta el carro. Y no me rompí el tobillo, solo me lo torcí.

—Sí, señorita —dijo él.

Según mis cálculos, Farnsworth tenía unas siete formas distintas de expresar su incredulidad o desagrado con una simple frase, y el «sí, señorita» era absolutamente devastador.

Había tratado de emplearlo con el consejo del estudio una o dos veces. No tal cual, porque yo era la única «señorita» en aquellas reuniones de señoritos, pero sí que tenía mi propio tono de total desagrado. Es difícil impresionar a un puñado de jefecillos cuando mides cinco pies de nada y tienes la cabeza repleta de rizos rubios rojizos, porque

los hombres tienden a querer darte unas palmaditas en la cabeza o en cualquier otra parte de tu anatomía. Tuve que romper unos cuantos dedos, tanto literal como metafóricamente, por el camino. Pero protagonicé la serie cinematográfica más exitosa de todos los tiempos: *La detective flapper*, con escenas de riesgo que hacían palidecer a *Los peligros de Paulina*; y por lo tanto, yo era la mujer que les había hecho ganar un montón de dinero.

Además, esos jefecillos del estudio descubrieron, a su pesar, que yo era la dueña de *La detective flapper*, con su marca registrada y todo, y que, por tanto, podía llevarme su querida mina de oro a donde quisiera. Antes incluso de presentar el primer guion, me aseguré de que todo se hiciera de forma correcta y legal. Cuando el estudio aceptó la propuesta, me tiré de cabeza a producirla cerciorándome de publicitar que yo misma actuaba en mis propias escenas de acción y estas incluían desde montar a caballo de espaldas hasta pilotar un submarino. Al público le encantó y el dinero comenzó a caer del cielo.

Cuando la serie se convirtió en un éxito de la noche a la mañana, usé mis beneficios para comprar todas las acciones que pude encontrar. Ahora el material de papelería rezaba «BB Pictures», así como las enormes letras de hierro que adornaban las puertas del estudio.

Así que ahí estaba, una multimillonaria viviendo en una casa demasiado grande con un mayordomo inglés pijo y una piscina exterior en la que nunca tenía tiempo de nadar. Max pensaba que ser rico te hacía feliz. A mí me hacía más feliz que ser pobre, pero no solucionaba su problema, ni lo que le había pasado en Arkham. «¿De qué sirve ser rica si no puedes responder a la pregunta que te carcome?», les pregunté una vez al resto de supervivientes de aquel incendio en Arkham. Sin embargo, cuando aquellas palabras brotaron de mi boca aquella tarde, sonaron mucho más a una cuña publicitaria. Mis amigos me aconsejaron que me olvidase de Max y disfrutase de la vida, y yo lo hacía. Me encantaba mi trabajo. Simplemente quería saber qué había pasado aquel día en Arkham, y lo que es más importante, quería encontrar a Max. Porque estaba segura de que no había muerto.

Algo más había sucedido ese día, algo que vi o me pareció ver por el rabillo del ojo. Un atisbo de memoria que nunca podría alcanzar del todo, salvo cuando me despertaba a altas horas de la noche entre la madrugada y el amanecer.

—El coche está en la puerta —anunció Farnsworth mientras ultimaba las instrucciones matutinas para diversos empleados, tanto de la mansión como del estudio—. ¿Quiere que conduzca Henry?

—No, hace un día espléndido —respondí—. Aprovecharé para despojarme y llegar al aeródromo en tiempo récord.

—¿Y qué hay del viento en su pelo? —preguntó Farnsworth con un tono distinto que mostraba su completa aprobación mientras salía con prisas de mi oficina.

—¡Ya me lo arreglará alguien cuando llegue! ¡Soy una estrella de cine! Además, tengo un sombrero —dije mientras atravesaba corriendo el pasillo para tomar mi sombrero y mi pañuelo favoritos de lo alto de una escultura romana de Venus. ¿Para qué tener una Venus de mármol si no puede sujetarte el sombrero?

—La señorita conducirá hasta allí por sí misma —le comunicó Farnsworth a Henry al tiempo que bajaba corriendo los escalones y me subía de un salto a mi precioso biplaza azul—. Como siempre.

—Ya me lo imaginaba —respondió Henry, quien había comenzado a trabajar como mecánico, luego había pasado a ser cámara durante un tiempo y al final había vuelto a los coches porque había menos cháchara que en un plató de cine. O al menos eso me dijo cuando lo contraté. Gracias a él, todos mis coches corrían como un guepardo, sus motores ronroneaban y también me estaba modificando una motocicleta. Se me había ocurrido una cosa para una escena de riesgo, pero necesitaba algo más de velocidad para que funcionase.

—¡Gracias, Henry! —grité mientras soltaba el embrague de mi biplaza—. ¡Nos vemos para la cena, Farnsworth!

El coche rugió mientras descendía por la entrada de la mansión y me acomodé en el asiento dejándome envolver por la sensación del viento arrojándome. Mientras siguiera avanzando con rapidez nada podría alcanzarme, ni siquiera mis recuerdos de las sombras de Arkham.

El aeródromo estaba abarrotado. Que el público se aglomerase para observar nuestras escenas peligrosas siempre hacía una buena propaganda. Aparqué mi coche lo más cerca que pude de los aviones y, de pie sobre el asiento para colocarme por encima de todas aquellas cabezas, saludé con la mano a los periodistas. El viento levantó mi pañuelo e hizo que este ondeara sobre mi hombro. Me giré y sonreí antes de alzar las manos lo más alto que pude. Quizás hasta hiciese uno

o dos pasos de charlestón. Algunas de mis mejores actuaciones tenían lugar ante la prensa, y esa era extraordinaria.

—Vamos, Betsy, que la luz no durará para siempre —me apuró Marian antes de dirigirse hacia los aviones. Yo salté sobre la puerta del coche y la seguí.

—¿Estás segura de esto? —me preguntó mientras atravesábamos el campo.

—No podrán decir que somos triviales —respondí.

—¿Y estúpidos e imprudentes? —replicó ella. Marian siempre se preocupaba ante una escena de riesgo. A veces podía llegar a ser peor que Farnsworth, pero nunca decía que no podía hacerlo, ni tampoco era cruel con ninguno de los miembros del reparto, ni siquiera con el actor secundario más insignificante. Era una de esas mujeres que cuando preguntaban «¿cómo estás?» se detenían a escuchar la respuesta. Yo había trabajado con muchos directores, algunos más locos que otros, y puede que Sydney Fitzmaurice fuera el más raro de todos. No solo porque le gustaba asustar a la gente, sino también por cómo nos había convencido a todos para que participásemos en aquella extraña producción filmada en su ciudad natal, Arkham. Más adelante me preguntaría por qué nunca nos fuimos de aquella misteriosa y vieja casa nada más llegar, pero estaba en la naturaleza de todo actor no cuestionar nunca al director. Como descubrí aquel verano de 1923, no hacer preguntas puede provocar errores fatales. Tras aquella terrible última semana en Arkham, decidí que nunca volvería a aceptar ciegamente lo que otros me decían.

Al trabajar en Hollywood, no tardé en observar que muchos directores ni siquiera se molestaban en saludar. ¿Y recordar las galletas favoritas y los nombres de las mascotas y otros pequeños detalles que conformaban una vida? Ni por casualidad.

Así que decidí que, si me iba a partir el lomo en un plató, quería un director que al menos se parase a pensar en llamar a Farnsworth para que pudiese darles a los sirvientes la noche libre.

Marian era mucho más que eso: era alguien que se preocupaba por los demás. Tras la cruel indiferencia que Sydney sentía hacia nuestras vidas (y debo admitir que la lealtad de Max hacia él no nos ayudó a mantenernos a salvo), quería un director que viese a todos los miembros del equipo como personas. Era importante que Marian dirigiese mis películas porque, al menos así, si mi vida corría peligro, solo se debía a

las escenas peligrosas que se me ocurrían y no a las excentricidades que otros me ordenaban hacer.

Marian había debutado con pequeños papeles, como muchos de nosotros, así que entendía los retos a los que nos enfrentábamos todos. Abandonó alegremente la interpretación para colocarse tras las cámaras durante los primeros años de su carrera. A Lois Weber le caía bien y me la recomendó. La existencia de una serie de misterio sobre una mujer detective temeraria dirigida por otra mujer ayudó a vender los pocos periódicos que cubrieron la noticia. Unos cuantos fanáticos religiosos trataron de expulsarnos de sus ciudades, pero eso nunca afectó a nuestras ventas en taquilla.

Cuando empezamos, no podía pagar a Marian lo que valía ni de lejos. Sin embargo, me aseguré de que sus contratos le concediesen una parte de los ingresos y, posteriormente, de las acciones del estudio. En ese momento era una accionista minoritaria y su paquete y el mío constituían la mayoría absoluta. Yo votaba y dirigía la parte comercial por ella, puesto que Marian no tenía ningún interés en esta. Cuando no me estaba dirigiendo, trabajaba en una serie de películas que trataban de explicar los problemas sociales más acuciantes del momento. Valían la pena, pero verlas era abrumador, así que me encargaba de pagar a los cines para que proyectasen sus películas.

—¿Qué opinas de los aviadores? —le pregunté a Marian, a quien se le daba mucho mejor juzgar a las personas que a mí. Yo tendía a confiar en la palabra de la gente, de ahí que tuviera problemas con Max, y temía volver a cometer el mismo error.

—Tienen buena reputación. Te caerá bien tu piloto —dijo—, la llaman la Mujer sin miedo.

—Pensaba que así era como me llamaban a mí —respondí con una sonrisa.

—No, Betsy —me corrigió Marian completamente seria—, tú eres la intrépida Detective *flapper*.

Caminamos hasta el biplano, donde la piloto estaba hablando en voz baja con su mecánica. Llevaba una semana practicando sobre un avión similar, pero en el suelo, junto a un *wingwalker* profesional como compañero de escena.

El que solía acompañar al grupo, Charlie, ya estaba allí, vestido con el uniforme y preparado para despegar. Era algo más alto que el actor

que hacía de villano, pero nadie sería capaz de distinguirlos en los planos largos. Luego grabaríamos un primer plano con Roger. Este tenía miedo a las alturas, así que prometimos que filmaríamos su parte en el suelo del estudio y ni siquiera tendría que verme volar. Charlie era mohawk y había trabajado con aviones durante la guerra, cuando pasó una temporada en Irlanda. Parecía como si para él estar de pie sobre un ala en pleno vuelo fuera lo mismo que tener los pies en el suelo. También había sido un maestro genial, y sus sugerencias habían ayudado a conformar la escena final.

Habíamos planeado recrear el truco de Gladys de jugar al tenis con un compañero sobre el ala del avión. Sin embargo, en lugar de empuñar unas raquetas, nos apuntaríamos con armas. Charlie fingiría recibir un disparo y caer sobre el ala y, entonces, yo bajaría reptando del ala de vuelta a la cabina de mando delantera, desde donde se suponía que mi personaje ejecutaría un aterrizaje heroico. Todas las maniobras reales las llevaría a cabo la mujer que ocupaba la cabina de mando posterior, quien revisó por última vez el tren de aterrizaje antes de aproximarse con pasos largos hacia nosotras.

—Betsy, esta es Winifred Habbamock —dijo Marian.

—Wini —la corrigió la piloto con una inclinación de cabeza calmada. Estaba vestida con lo que supuse que sería un uniforme de aviadora: un gorro de cuero con orejeras, unas gafas y un pesado chaquetón sobre unos pantalones y unas botas; todo ello para protegerse del viento y de las bajas temperaturas presentes por encima del suelo. En un cálido día de sol, debía de haber sido incómodo ir por ahí con todas esas capas, pero Winifred Habbamock las llevaba con el estilo propio de los aviadores. Bueno, las pilotos eran las más atrevidas de los cielos y las preferidas de la prensa, por eso mi intención era que esa película girase en torno a un asesinato en un aeródromo. Al ver que los periodistas y los aficionados seguían a las mujeres voladoras por todo el país, decidí que ya era hora de que la Detective *flapper* viviese más aventuras en las alturas.

—Es un placer conocerte —le respondí a Winifred, y lo decía en serio. Había oído hablar sobre aquella compañía de acróbatas ambulantes a un par de directores que intentaban incluir acrobacias aéreas en sus películas. Todo el mundo decía que Habbamock era una piloto espectacular y que su equipo tenía una trayectoria admirable en

cuanto a seguridad se refería. Nadie había muerto durante su gira, algo de lo que no podía presumir ninguno de los circos aéreos que cruzaban el país. Claro que la posibilidad de ver morir a alguien era lo que atraía al público de los espectáculos con maniobras de vuelo y las carreras aéreas. Todo el mundo lo sabía, pero decían que se trataba de «la emoción» de observar a los aviones zumbando por encima de sus cabezas. Era la misma sed de sangre que siempre atraía a la gente hacia películas como las que yo hacía o al horroroso cine de terror de Sydney Fitzmaurice.

Por supuesto, en mis películas los finales felices estaban asegurados. La Detective *flapper* supera todos los peligros físicos posibles... hasta que llega el día en el que no lo consigue. Tras los chillidos, los clamores y los aplausos, se ocultaba el aliento contenido de mis seguidores a la espera de que fallara.

—Charlie dice que has sido una buena alumna —dijo Wini—. Que conoces todas sus señales y que tienes claro dónde pisar. ¿Estás lista para ponerte el arnés y alzar el vuelo?

—¡Por supuesto! Me muero de ganas. ¿Estás segura de lo de las sujeciones? —pregunté—. Podría hacerlo sin ellas.

La mayoría de los *wingwalkers* no perdían el tiempo con cuerdas o paracaídas. Cuanto más mortal, mejor, pero Charlie había insistido en tomar medidas de seguridad y utilizar un arnés con una *amateur* como yo. El hecho de que me hubiese tirado en paracaídas desde un zepelín en una de mis películas anteriores no le había impresionado con mis antecedentes profesionales como actriz temeraria. O puede que le hubiesen impresionado demasiado y por eso insistía en que se tomaran medidas de seguridad. La gente solía llamarme imprudente, y normalmente me tomaba este tipo de comentarios como un cumplido.

—La decisión sobre lo de las sujeciones es solo tuya —me dijo Wini con una sonrisa—. Al igual que tu cuello.

—No bromees, Wini, que me va a dar un infarto —dijo Charlie—. O lleva sujeciones o un paracaídas.

—¿Y arruinar el corte de mi abrigo con uno de tus enormes paracaídas? ¡Ni hablar! Además, queremos asustar al público —respondí.

Wini me guiñó un ojo.

—No se les puede engañar, siempre le digo lo mismo a Charlie.

Él negó con la cabeza en nuestra dirección.

—Yo camino por el ala sin arnés, al igual que mis hermanos y primos lo hacen sobre el acero en Manhattan. Pero Betsy nunca ha hecho esto en el aire, y la primera vez siempre se hace con sujeciones.

Wini asintió.

—Era broma. Las normas son las normas. Puede que corramos riesgos, pero también protegemos a la gente.

Dottie, que trabajaba como mi ayudante de camerino durante el rodaje, vino corriendo con el abrigo de terciopelo forrado en piel que mi amiga Jeany había diseñado para la escena. Tenía unos cortes colocados estratégicamente tanto en la espalda como en los lados que ocultaban el arnés. Ya habíamos grabado la escena anterior, en la que Roger sacaba mi cuerpo supuestamente inconsciente del maletero de un coche, atravesaba el aeródromo y me tiraba en la cabina de mando delantera. No se mostraría cómo pasábamos de ahí a un tiroteo aéreo: el público ya se encargaría de imaginárselo. Nunca nadie dijo que mis películas tuvieran sentido, ni siquiera el *Arkham Advertiser*.

—¿Tienes tu arma? —me preguntó Marian.

Rebusqué en el bolsillo del abrigo y saqué la pistola plateada.

—¿Está descargada? —dudó Wini.

—Ni siquiera tiene balas de foguero —respondí mientras apretaba el gatillo con la pistola apuntando hacia el suelo. Sonó un chasquido, pero no le siguió ninguna detonación. Mientras caminábamos por el ala, envuelta por una tela encerada y colocada alrededor de la estructura de madera lo más ligera posible, los aviadores insistieron en que ni siquiera debíamos utilizar munición de foguero, pues cualquier daño causado al avión podía resultar fatal si no teníamos suerte. Mantener el equilibrio y evitar dejar un agujero de mi tamaño en el ala también era importante, así que llevaba mis pantuflas más bajas y mullidas. En mi cabeza no dejaba de repetir la secuencia de pasos que debía dar: si pisaba en el lugar equivocado, podía atravesar con el pie el ala. Charlie había insistido mucho en esto durante la semana de práctica.

Wini asintió ante mi demostración con la pistola descargada.

—Bien. La única persona a la que se le permite llevar una pistola cargada durante uno de mis vuelos soy yo —dijo.

Trepé hasta el ala inferior y Charlie subió detrás de mí para terminar de abrochar las cuerdas al arnés que llevaba bajo el abrigo. Un último adiós a la prensa y estaría lista para despegar. ¡Más que lista! No

veía la hora de levantar el vuelo. Ya lo había hecho antes, pero nunca me habían permitido subirme al ala. Cada vez que me elevaba hacia el cielo quería subir un poco más, volar un ratito más. Los globos estaban bien, y el zepelín había sido apasionante, sobre todo la parte de tirarme de él en paracaídas. Siempre creí que los viajes aéreos no tardarían en sustituir a los trenes.

—No olvides relajarte —me recordó Charlie mientras se subía a la cabina delantera. En realidad no estaba pensada para que cupieran dos personas, pero, por suerte, yo era lo suficientemente pequeña como para colarme en el asiento. Íbamos apretujados, pero entrábamos. Entonces añadió—: Mantén los músculos relajados. No sirve de nada estar tenso sobre el ala.

Wini se dejó caer sobre su asiento, le dijo adiós con la mano a la mecánica pelirroja mientras la hélice comenzaba a zumbiar y la mujer le devolvió el gesto. Yo hice una seña con los pulgares hacia arriba en dirección a Marian, quien volvió corriendo hacia la cámara situada sobre el suelo. Por encima de nuestras cabezas, otro avión se inclinó perezosamente para tomar una curva sobre el campo. En él viajaba nuestro otro cámara, que grabaría la pelea desde arriba.

El trabajo de Wini era mantener el avión estable y a poca altura para que pudiéramos obtener tomas buenas con ambas cámaras. Si nos elevaba demasiado, Marian no podría grabar mucho desde el ángulo terrestre. Por eso habíamos contratado a una acróbata ambulante: estas estaban acostumbradas a hacer maniobras a poca altura para que su público pudiese ver toda la acción, especialmente cuando los *wingwalkers* ejecutaban sus trucos.

Con un golpe, nos despedimos del suelo y nos elevamos en el aire. «Si puedes hacerlo en tierra, puedes hacerlo en el aire, Betsy», me dije a mí misma. Fue maravilloso sentir la fuerza del aire contra nuestro rostro. El ruido del motor del avión y el viento dificultaban que Charlie pudiese oírme murmurar la letanía «arriba y a por ellos» a la que siempre recurría para calmar mis nervios. Para mí, como posteriormente le explicaría a Wini, nunca era el miedo (no exactamente) lo que casi me hacía temblar al comienzo de una escena peligrosa. Era algo más excitante: la anticipación a la emoción que estaba por sentir.

Charlie me dio unos golpecitos en el hombro, la señal que habíamos acordado, y extendí los brazos sobre la cabeza para agarrar uno de

los puntales. Gracias a su pequeño impulso, conseguí salir del asiento. A partir de ahí, di un paso, me agarré, me volví y di otro paso antes de alcanzar el siguiente asidero. Era tal y como lo habíamos practicado, solo que en ese momento estábamos casi a mil pies por encima del suelo. Aunque tampoco es que lo hubiese comprobado por mí misma, pues toda mi atención estaba puesta en el avión y las marcas que me decían dónde era seguro pisar. El viento me golpeó con una fuerza que nunca antes había sentido y las vibraciones del avión me recorrieron los huesos.

Sin embargo, estaba en mi lugar, al igual que Charlie. Saqué la pistola plateada del bolsillo y el sol la hizo centellear mientras actuaba como si disparase a Charlie.

Este contrató con su propia arma y yo volví a disparar exagerando los movimientos de los brazos para hacer evidente ante el público que algo había ocurrido. Entonces Charlie se desplomó. Todo iba tal y como lo habíamos ensayado... Hasta que el viento cambió de dirección y golpeó el avión. Sentí un escalofrío mientras Wini trataba de corregir el rumbo, pero el avión se inclinó y, de pronto, mi punto de apoyo dejó de ser seguro. Reboté ligeramente sobre la punta de los pies para tratar de ajustarme. Todo ocurrió tan deprisa que no me dio tiempo a preocuparme, no en ese momento. El problema surgiría unos segundos después.

El cuerpo de Charlie, aún bocabajo, comenzó a deslizarse hacia mí. Entonces Wini ajustó la dirección, las alas volvieron a nivelarse y él se alejó resbalando por el ala. Resoplé ligeramente, aliviada. Hasta ahí todo bien. Habíamos acabado la escena. Confiaba en que Marian hubiese grabado el metraje necesario pese a que el viento nos hubiese hecho perder un poco el equilibrio, así que comencé la secuencia de vuelta al ala en dirección a la cabina de mando.

Sin embargo, ahora mis cuerdas se habían enredado con las de Charlie y su peso tiraba de mí hacia el suelo. Luché por mantener el equilibrio mientras patinaba cada vez más cerca del borde del ala. Incluso en ese momento, no estaba nerviosa. Cuando estaba en mitad de una escena de riesgo, siempre sentía una especie de calma pacífica. Quizás por eso seguía poniéndome a prueba con trucos cada vez más difíciles, para prolongar ese momento de tranquilidad. Luego, siempre me preguntaban «¿no tienes miedo?». Pero este aparecía después, mucho después,

cuando pensaba en todos los que dependían de mí y en lo que les ocurriría si me cayese.

El suelo era un borrón al final de una larga caída, demasiado larga como para salir con vida de ella. Entonces recordé los sermoneos de Charlie sobre no caer por completo del avión, ya que, incluso si las sujeciones aguantaban, podía ahorcarme con las cuerdas antes de que pudiera arrastrarme de vuelta al aeroplano. En el mejor de los casos, me rompería unos cuantos huesos.

«A Farnsworth no le hará ninguna gracia», pensé.

Y entonces me caí.